

rosísimas, pues según cálculos bastante moderados, sólo las corticales del adulto, diferenciadas de acuerdo con sus funciones (sin contar las células neuróglícas), son en número de 9,280.000.000, según Donaldson y Thompson; no debe extrañarnos, por tanto, que la célula de que se trata posea una estupenda complicación y una especialización morfológica y funcional que, dicho sea de paso, causa a estos elementos la temprana pérdida de su capacidad reproductora.

Los eminentes neurólogos de Viena Constantin y V. Economo nos enseñan que, aunque no conocemos todos los existentes, pueden ya precisarse 109 campos corticales claramente diferenciados, cuyo arreglo citotectónico es distinto y cuyas neuronas, como se infiere sobre todo de los admirables trabajos de Cajal, difieren entre sí notablemente; a Cecilia y Oscar Vogt se debe la demostración experimental en el mono, de que cada área cortical diferenciada es la expresión anatómica de una función especial, pues como recalca y precisa Lhermitte, "los límites que la anatomía asigna a cada territorio mielo y cito-arquitectónico corresponden, en efecto, exactamente, a los que la experimentación permite precisar para cada función". Cabe distinguir, entre el fantástico número de neuronas, tres tipos capitales: las receptoras, las efectoras y las asociativas, y es posible precisar estos tipos que integran sistemas funcionales, por diferentes conceptos, entre ellos el de la adquisición por sus fibras, por los cilindro-ejes de una grasa fosforada, la mielina, que se integra con diversa marcha cronológica, y gracias a este desarrollo asincrónico es dable seguir la aparición, y en ciertas ocasiones la involución, de las funciones nerviosas.

Es ciertamente sugestivo seguir, siquiera sea dentro de sus lineamientos generales, el proceso evolutivo: en el embrión humano las vías sensitivas se desarrollan tempranamente, y, como demostró Flechsig, desde el quinto mes se encuentran ya tractos espino-cerebrales y cerebro-espinales, que ligan la medula a diversas regiones del cerebro y que descenden de este órgano a la medula, hallándose también, acaso, integrada una vía larga que llega hasta el cerebro; pero los grandes tractos córtico-espinales y rubro-espinales son aún rudimentarios y no se hallan en aptitud de funcionar: por esto es que de ninguna manera pueden considerarse como voluntarios los movimientos del feto, pues falta el camino de regreso del influjo nervioso, y la motricidad en esa época es análoga a la que se observa en la rana descerebrada, o mejor aún, en los perros, a los que F. Goltz extirpó el manto cerebral, pueden moverse, mas no dirigir por sí mismos estos movimientos; responder a ciertas excitaciones luminosas, distinguir las substancias comestibles, reaccionar a las irritaciones cutáneas, manifestar cólera, etc., y la exactitud de tales apreciaciones se manifiesta especialmente en los niños no nacidos a término, o en ciertos casos, como el que describen Edinger y Fischer, de un